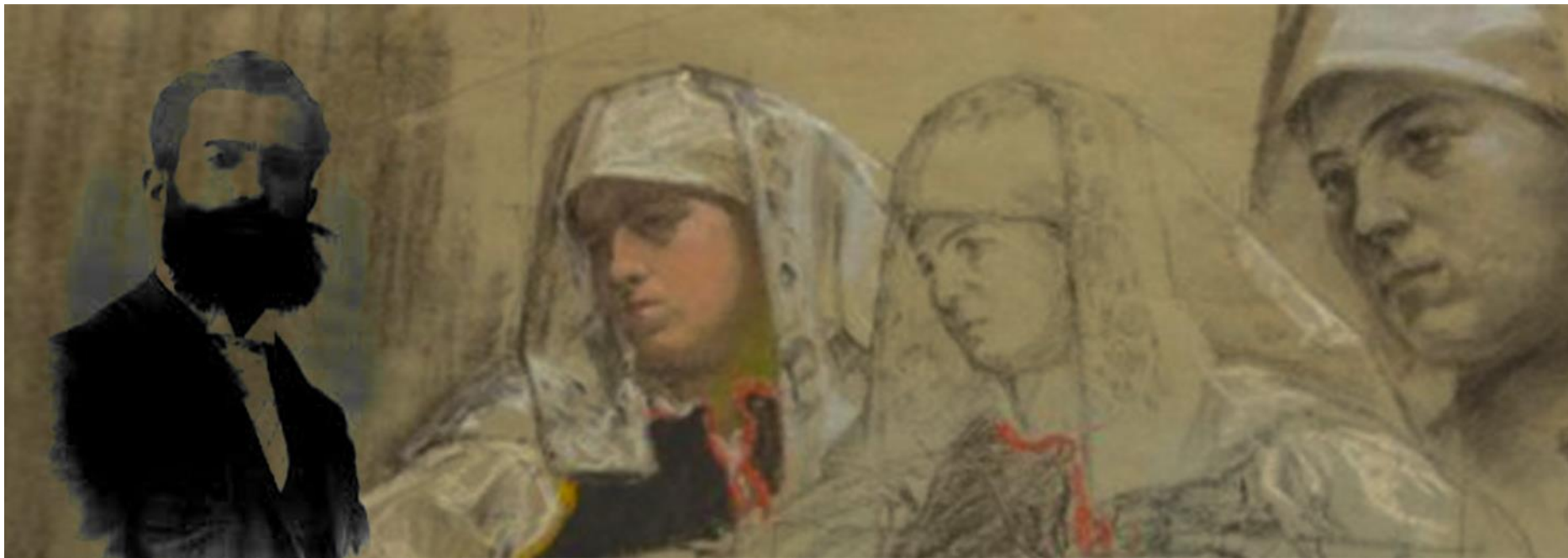




Félix Lafuente, pintor. *El amado maestro*



Trabajar con Lafuente es grato y entretenido. A los discípulos, entre tachón y tachón al dibujo de principiante, parece bañarles con palabras sacadas de su pozo de ciencia pictórica; con los amigos, en el campo, al comenzar una acuarela, da principio a un cuento, y en tanto al papel lléganle brochazos frescos y transparentes, al cuento no le faltan, de vez en vez, dedadas de fina pimienta de cuentista italiano, de aquellos amenos por demás y por demás desenfadados y picarescos.

Ramón Acín. «El pintor Lafuente». *El Diario de Huesca*, 28-7-1916

Escribía Ramón estas palabras, recordatorias de su etapa como alumno de Lafuente, en un artículo con el que daba la pública bienvenida a su maestro en el regreso a su ciudad natal, con cincuenta y un años y una parálisis degenerativa que hizo muy penosa la última etapa de su vida. Aprovechaba Acín para dar a conocer la situación de su maestro publicitando la academia que acababa de abrir en el principal del número 45 Coso bajo oscense.

Acín acudió con diez años, en 1898, a la academia abierta por Lafuente tras su regreso de Madrid unos años antes para ocupar interinamente la cátedra de dibujo en el instituto de Huesca. Debieron ser unos cuatro o cinco años, pues entre 1904 y 1905 marchó Lafuente a Zaragoza, quedando marcado el alumno por los conceptos artísticos del maestro y, sobre todo, por su alabada aptitud pedagógica manifestada en las palabras de Acín que han abierto esta entrada. Pero leamos el artículo completo.

El pintor Lafuente

Ramón Acín. *El Diario de Huesca*. 28 de julio de 1916 (Id web: ap075)



Félix Lafuente Tobeñas. *El Coso de Huesca*. 1893

Félix Lafuente cierra su estudio en Zaragoza y vuelve a Huesca aquejado de una parálisis progresiva para montar una academia de dibujo. El agradecimiento y reconocimiento de Acín hacia su persona quedan patentes una vez más. Y no será la última.

Lafuente, el pintor, de nuevo está entre nosotros. Todos encantados de ello. El silencio os-cense a machamartillo, no digamos; su familia con la estima en que le tienen, no hay que decir, y los amigos con el aprecio que le guardamos (no más correspondiendo al suyo), no hay por qué hablar. Mas con todo su oscensismo y estima y aprecio de suyos y no suyos, trájole a su pueblo una maldita dolencia de muslos o calcaños, tan a las vistas ella, que anda de piernas mi amigo y maestro tan torpe, como hábil de manos se conserva, y con esto comprenderán lo bien que pinta los que andar le vieren, y verán los que conocían sus buenos dibujos lo mal que va de *pinreles*, como se dice hoy a las extremidades inferiores en jerga de varietés.

Tiene ya del todo instalado un estudio-academia que será de desear no le sople más viento que el de popa, para provecho del artista y prez y honra de la población que saldrá ganando con ello algo de tufillo de buen tiempo Florentino.

Trabajar con Lafuente es grato y entretenido. A los discípulos, entre tachón y tachón al dibujo de principiante, parece bañarles con palabras sacadas de su pozo de ciencia pictórica; con los amigos, en el campo, al comenzar una acuarela, da principio a un cuento, y en tanto al papel lléganle brochazos frescos y transparentes, al cuento no le faltan, de vez en vez, dedadas de fina pimienta de fino cuentista italiano, de aquellos amenos por demás y por demás desenfadados y picarescos.

El estudio lo instaló en el Coso bajo, y en un principal, con un par de inocentes y bien proporcionados escalones, mas antójasele a él, y por mor de las piernas, un bien cumplido quinto piso.

Que si no este año el venidero, veamos tomar parte a Félix Lafuente en el festival de Jota de San Lorenzo (Zuloaga la bailó en Remolinos); así veremos que llevóse al traste su dolencia el diablo, y que más fue nube de verano aquello que le aquejaba de muslos a calcañar.

Salud, maestro.

Su hermano en Goya (punto menos que decir en Cristo).

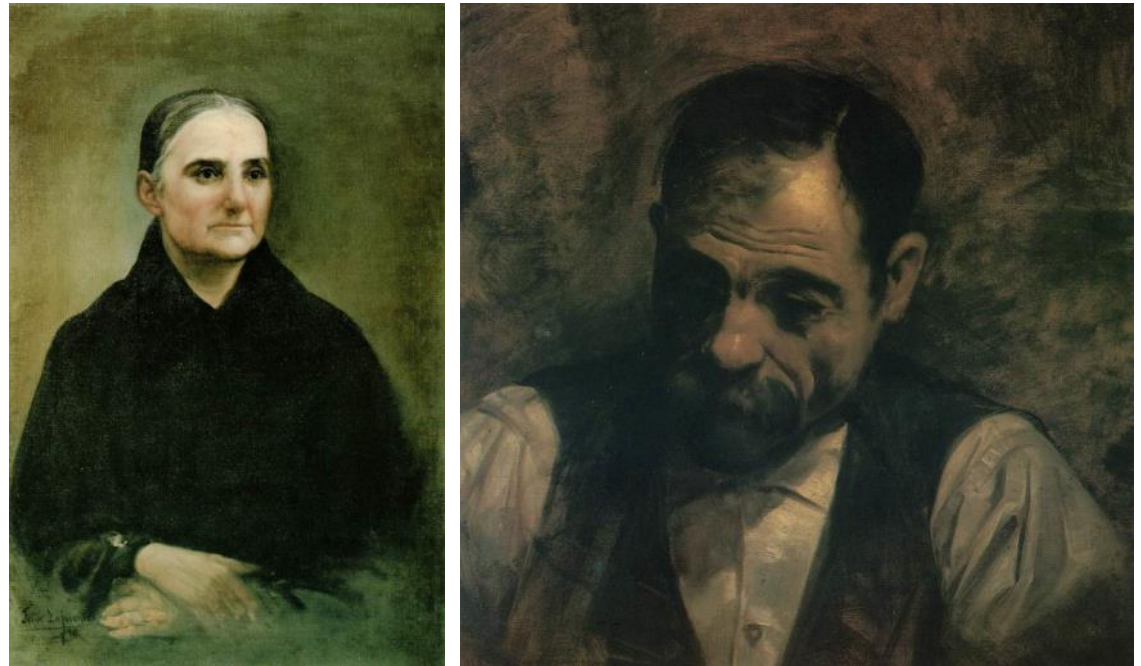
Ramón Acín.



Félix Lafuente Tobeñas (Huesca 1865-1927) era hijo de Rosa y de Lorenzo, cuyo oficio era, según nos cuenta Fernando Alvira Banzo, el de *molendor* de cacao en un obrador de chocolatería. Félix hizo sus primeros estudios en el Seminario de la Santa Cruz y, en 1883, se matriculó en dibujo en el instituto de Huesca para poder así ingresar en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid.

Paralelamente, en Madrid entra a trabajar en el taller de escenografía de los italianos Bonardi y Busato, quienes elaboraban los decorados del Teatro Real, lo que supuso un importante aprendizaje en las técnicas y sobre todo los conceptos que desarrollaría en su trayectoria artística y profesional. En 1890, el año en que realizó los dos retratos que vemos a la derecha, abrió taller con Amalio Hernández, primer pintor español considerado específicamente como escenógrafo. Pero la sociedad duraría solo tres años, y en ese 1893 es cuando vuelve Lafuente a Huesca como se ha dicho antes.

Allí permanecería once o doce años combinando sus clases de instituto con la academia, trabajos de decoración, ilustración y escenografía.



Félix Lafuente. Retratos sus padres Rosa Tobeñas y Lorenzo Lafuente, óleos realizados en el año 1890



En 1905 se estaban desarrollando los laboriosos preparativos para la Exposición Hispano-francesa prevista para 1908, coincidiendo la exposición internacional -a modo de confraternización con nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos- con el centenario de los Sitios de Zaragoza. Y para la ciudad del Ebro se encaminó Lafuente que recibió muy variados e importantes encargos, abriendo un taller en el que trabajaría, por cierto, su querido alumno Ramón Acín a quien no olvidó llamar.

No fue menor el trabajo de ilustración que realizaría para Heraldo de Aragón que se volcó en los fastos del 1908 mediante publicaciones específicas con numerosos colaboradores que el periódico contrató.

Fue una larga década de trabajo en todos los ámbitos de su actividad que Fernando Alvira ha documentado realizando una minuciosa cronografía de las numerosas colaboraciones que realizó Lafuente entre 1900 y 1915¹.

¹ Fernando Alvira Banzo. *Félix Lafuente Tobeñas, colaborador gráfico de Heraldo de Aragón. Colaboraciones en el entorno de la Exposición Hispano Francesa de 1908*. Revista de la Asociación Aragonesa de Críticos de Arte. AACA Digital AACA Digital nº 3. 2008

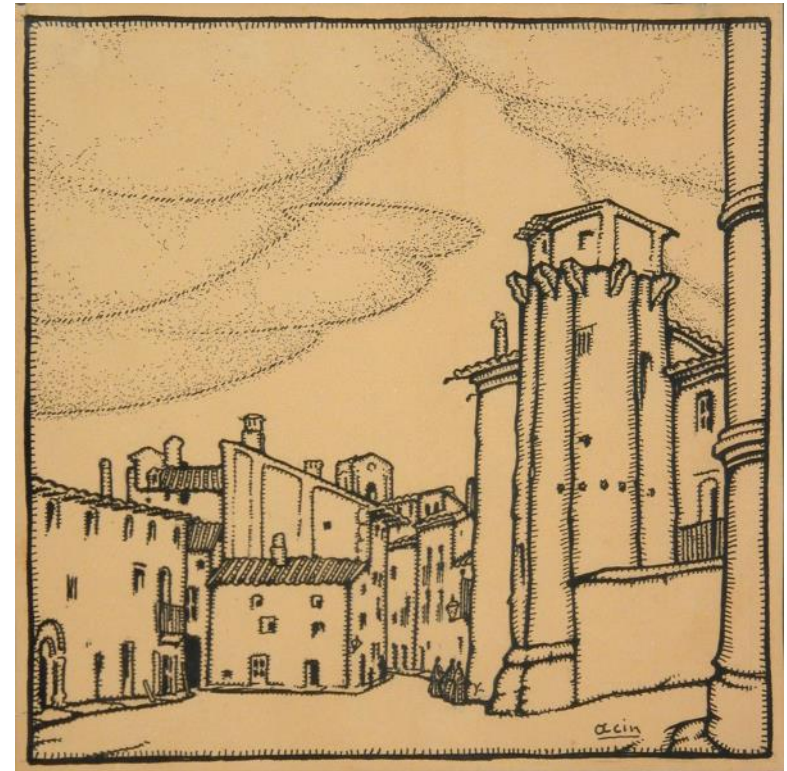




FELIX LAFUENTE
Academia de dibujo y pintura
Coso bajo, 45, principal
Clases nocturnas para obreros, de siete á nueve; y por la mañana, de once á trece, para señoritas.

Pero hacia 1915, con 50 años, Félix Lafuente comenzó a padecer una progresiva parálisis que imposibilitaría su carrera profesional. Por ello volvió a Huesca y allí fue recibido por los muchos amigos y exalumnos que se preocuparon por ayudar al maestro en tan mala situación. Por ello escribió Acín –impulsor de las actuaciones para facilitar económica y anímicamente la vida del maestro– y colaboraría en habilitar el piso donde Lafuente pudiera impartir sus clases de dibujo y pintura tanto artística como técnica.

Acín promovió años después una exposición en Huesca y Zaragoza, en 1925, y la venta de obras al año siguiente, de las que el mismo Ramón nos va a hablar a continuación.

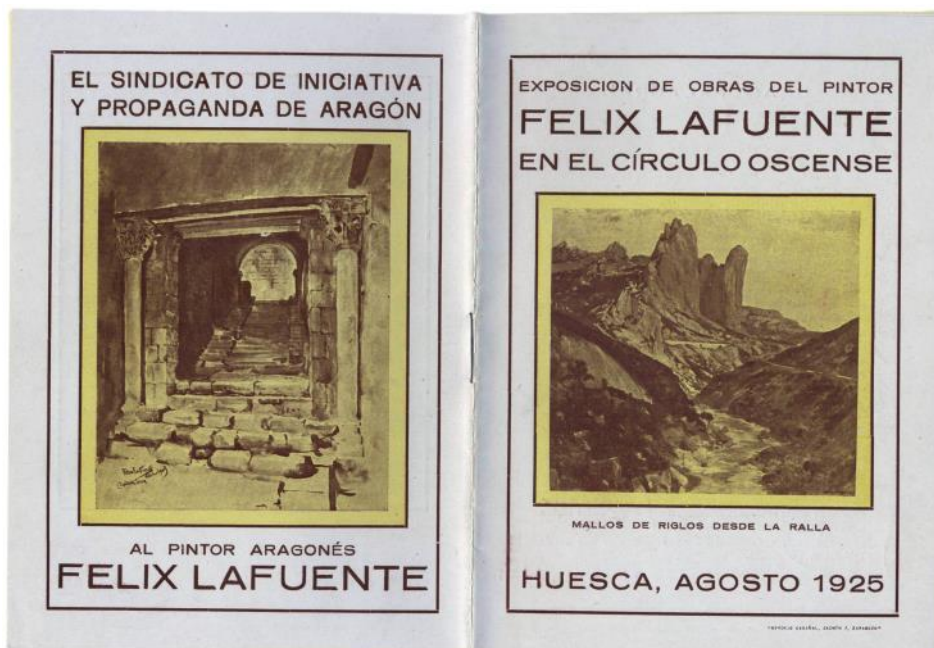


Puerta de Santo Domingo, de Huesca. Óleo pintado en 1887 por Félix Lafuente. A la derecha, la misma plaza en un dibujo de la serie *Las Calles de Huesca* realizada por Acín para el libro homónimo escrito por Ricardo del Arco. Ed. talleres de la viuda de Justo Martínez, Huesca 1922



Venta de cuadros del pintor Lafuente

Ramón Acín. Revista del SIPA, Zaragoza. Enero de 1926. (Id. web: ap076)



Programa de la exposición que se había realizado en Huesca en 1925

En una sola cuartilla caben los derechos del hombre, y los derechos del hombre, eso dicen, es la obra de todos los hombres.

En una sola cuartilla escribí la obra del pintor Lafuente que con ser grande, claro está, no es como la obra de todos los hombres, ni es como la obra de todo un Dios. Dice así:

“UNAS PALABRAS.— El pintor Félix Lafuente nació en Huesca. Comenzó latines, que pronto abandonó por los pinceles. Culminó como escenógrafo. Estudió en Madrid, y educado artísticamente en la mala época de los “cuadros de historia” pretenciosos y falsos, cauteloso y vidente, refugióse en la algarabía de los escenarios y en la quietud de las iglesias. Y cuando no pintó monumentos ni decorados, ajeno a los maniqués, a los epítomes de historia y a los manuales de indumentaria, salía al campo a pintar hombres de carne y hueso y piedras de verdad.

Enamorado de su tierra, abandonó Madrid, habiendo residido lo mejor de su vida en Zaragoza, donde dejó lo mejor de su arte.

Recorrió Aragón de oriente a poniente y de norte a sur, dejando como recuerdo de sus andanzas la gracia alegre y fresca de sus acuarelas luminosas.

En su vida y en su arte fue siempre sencillo y bueno como un niño. Ha llegado a viejo con pocos honores y menos dinero por causa de lo que fue su principal virtud y que ha constituido, a la larga su principal defecto: la sinceridad. Porque tarde lo habrás visto, maestro; la vida tiene mucho de mentira y el arte tiene mucho de convencional.

Sus amigos hemos organizado una exposición con las obras que le restan. Las piernas no le quieren tener, le tiemblan las manos, los párpados se le caen y queremos llevarle a su rostro un poco de alegría y ponerle un óbolo en el bolsillo. Siquiera que mañana, cuanto más mañana, mejor, no le falte para el pago a Caronte, el fatídico barquero de la Estigia.

Estas frases, aunque tristemente veraces, no amilanan a Lafuente. Hombre de recio temple y de buen humor, desde el espoliarium de su sillón se chace de estos retratos mozos de las barbas negras y la mirada altiva...

Cosa poco corriente en la vida es hablar con sinceridad. Pero al menos una vez en la nuestra hemos sentido la emoción de oír hablar claramente a un corazón. En un salón del Casino Mercantil de Zaragoza se han puesto a la venta las obras de un pintor aragonés, que los aragoneses no podemos dejar abandonado. Al abrirse la venta, otro artista, muy nuestro, hizo vibrar nuestros espíritus con palabras de sinceridad, llenas de fervor y cariño. ARAGÓN recoge estas palabras, y al reproducirlas, brinda a los aragoneses la idea de abrir una suscripción ilimitada en cantidad para adquirir el cuadro “Los Mallos de Riglos”, con destino al Museo de Bellas Artes de Aragón, rindiendo así un homenaje popular de afecto al querido Lafuente. ARAGÓN encabeza la suscripción con 25 pesetas, pudiendo hacerse entregas en las oficinas del Sindicato de Iniciativa y en las Redacciones de los periódicos; y ahora escuchad lo que el artista dijo:

No es mi intención estudiar la obra llena, tan llena de bellezas, ni la vida tan plagada de anécdotas, tristezas y alegrías de Lafuente.

Ni está lo suficientemente muerto para que le sea llegada la hora de las alabanzas y los panegíricos, ni lo suficientemente vivo para que mis palabras, aunque modestas, sinceras, pudieran servirle de estímulo o de lección. Si los párpados no se cerraron del todo, las manos no le quieren tener el pincel.

Además para el catálogo de la exposición celebrada en Huesca, escribí una cuartilla sobre la vida y la obra de nuestro pintor.

En una cuartilla caben los diez mandamientos, y los diez mandamientos, eso dicen, es la obra de todo un Dios.



Sus paisanos, que tienen el deber de hablar y algo más que de hablar, tienen la palabra”.

Fijaos bien en el último párrafo de la cuartilla:

“Sus paisanos, que tienen el deber de hablar y algo más que de hablar, tienen la palabra”.

Y lo mismo que dije a sus paisanos los oscenses con motivo de la exposición que se celebró en Huesca, repito a sus paisanos los zaragozanos con motivo de esta exposición que se celebra en Zaragoza.

Porque Félix Lafuente, es tan de vosotros los zaragozanos, como de nosotros los oscenses: más vuestro que nuestro diré.

Cuando supo andar solo por los caminos de la vida y del arte, abandonó su ciudad y ambuló, como todo artista por esos mundos de Dios. Cuando llegó a la plenitud de su saber y de su vigor, instalóse aquí, en esta ciudad fuerte y bella del Ebro legendario y las torres graciosas. Cuando las piernas le flaquearon, tornó de nuevo a su ciudad a dar los últimos pasos por las callejas que le vieron dar los primeros.

Y allí lo tenéis débil y quieto en un sillón, sin poderse valer, como niño en cuna, esperando los afectos y los cuidados de las almas buenas.

Dicen que quien siembra vientos recoge tempestades.

Lógicamente, quien sembró afectos y desinterés y sembró simpatías y bellezas, debe recoger óptima cosecha de todo ello.

El pintor Lafuente en los años de su vida aquí, fue pródigo sembrador de todas sus buenas cualidades como hombre, y de todas sus buenas cualidades como artista.

Esta buena tierra de Zaragoza que riega el Ebro, yo sé bien que es pródiga siempre, para aquellos que la sembraron con largueza y con amor.

Ello me ahorra el dedicaros a los zaragozanos una frase de estímulo que no necesitáis.

Pero, es que no solamente vienen a esta exposición cuadros para algunos zaragozanos amigos de la pintura y para algunos amigos del pintor.

Hay un cuadro, ese de los mallos de Riglos, ingentes monolitos, que son como centinelas de nuestro Pirineo, que debe ser un cuadro para todo Zaragoza, mejor aún, para todo Aragón.

El Museo Regional, sea como fuere, debe adquirir esa obra fuerte y delicada, como muestra de la pintura aragonesa y como pago merecido a una vida de trabajo, de honradez artística y de desgracia de un pintor aragonés que ciertamente merecía un mañana mejor.

Yo estoy seguro que la idea habréis de acogerla con todo calor.

En cuanto a la forma de llevarlo a cabo de la mejor manera, vosotros veréis.

Dicen que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Figuraos aquí, donde, en galantería y en verdad, si alguno es merecedor de la casa de Orates no es otro sino yo.

Al despedirme de Lafuente le pregunté: ¿Qué queréis, maestro, para los zaragozanos? Y el pintor Lafuente, que tan poca salud tiene me contestó: Di a los zaragozanos que con toda el alma les deseo salud.

En la cuartilla del catálogo de la exposición oscense habéis visto que digo así:

“Las piernas no le quieren tener; le tiemblan las manos, los párpados se le caen..”

Y ello no es una pintura en negros tonos, exagerando el natural para ayuda de lástimas. Ni él habría de consentirlo, ¡genio y figura al fin! ni yo he nacido para ponderador de las desdichas.

Así está, y así hay que presentarlo.





UNAS PALABRAS

El pintor Félix Lafuente nació en Huesca. Comenzó latinear, que pronto abandonó por los pinceles. Culinó como escenógrafo. Estudió en Madrid, y, educado artísticamente en la mala época de los «cuadros de historia» pretenciosos y falsos, cauteloso y vidente, refugióse en la algarabía de los escenarios y en la quietud de las iglesias. Y cuando no pintó monumentos ni decorados, ajeno a los maniqués, a los eptomes de historia y a los manuales de indumentaria, saltó al campo a pintar hombres de carne y hueso y piedras de verdad.

Enamorado de su tierra, abandonó Madrid, habiendo residido lo mejor de su vida en Zaragoza, donde dejó lo mejor de su arte.

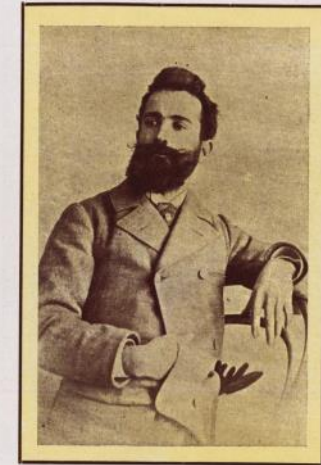
Recorrió Aragón de oriente a poniente y de norte a sur, dejando como recuerdo de sus andanzas la gracia alegre y fresca de sus acuarelas luminosas.

En su vida y en su arte fué siempre sencillo y bueno como un niño. Ha llegado a viejo con poco honor y menor dinero por causa de lo que fué su principal virtud y que ha constituido, a la larga, su principal defecto: la sinceridad. Porque, tarde lo habrás visto, maestro; la vida tiene mucho de mentira y el arte tiene mucho de convencional.

Sus amigos hemos organizado una exposición con las obras que le restan. Las piernas no le quieren tener, le tiemblan las manos, los párpados se le caen y queremos llevarle a su rostro un poco de alegría y ponerle un óbolo en el bolsillo. Si quiera que mañana, cuando más mañana, mejor, no le falte para el pago a Carente, el fastidioso hacquero de la Estigia.

Estas frases, aunque tristemente veraces, no amilanarán a Lafuente. Hombre de recio temple y de buen humor, desde el espoliticismo de su sillón se chancas de estos retratos mozos de las barbas negras y la mirada altiva...

Sus paisanos, que tienen el deber de hablar y algo más que de hablar, tienen la palabra.



EL PINTOR FELIX LAFUENTE

Algunos de vosotros le habéis visto en la ciudad vecina y hermana.

Lo han visto: Castán Palomar, de *El Noticiero*, Mefisto y Casanova, del *Heraldo*; Aznar Navarro, de *La Voz de Aragón*.

Ellos dirán: qué queda de Lafuente, de sus piernas garbosas, de sus manos diestras, de sus ojos escrutadores; no queda nada.

En aquel sillón, no queda de Lafuente más que la lucecita del corazón.

Cuando visito al pintor Lafuente en su casa, en su sillón siempre, con los dolores que le atenazan, unos dolores que por malos que son no consiguen vencer su buen humor, me recuerdo del Oswald de Ibsen, también pintor y parálitico.

A falta de su madre, la madre que siente tres veces el dolor de los hijos, a sus tres hermanas, tristes y santas como tres Marías, Lafuente les suplica a cada instante la pócima que le libre de los saetazos de su mal.

No más que para esto viene a vender, que no a pedir, nuestro amigo el pintor.

Y yo he venido a estimular la venta, para que a este Oswald de verdad, helado y en tinieblas, siquiera no le falte la aspirina que mitiga el dolor... Porque, un poco de aspirina, es para Lafuente como un rayo de sol.

Ramón Acín



Un solo año pasará para que en 1927 fallezca, a los 62 años, Félix Lafuente. A esta muerte, que fue muy sentida por muchos oscenses, Ramón le dedicó unas emocionadas palabras. El título del obituario es un grito de dolor y de reconocido cariño y agradecimiento a un maestro que no solamente le enseñó dibujo y pintura, sino una manera de ver la vida. La lección esencial que Acín nunca olvidaría.

Félix Lafuente ha muerto. El amado Maestro

Ramón Acín. *El Diario de Huesca*. 11 de octubre de 1927 (Id. web: ap083)

Unos muchachos trepaban, como monos enjaulados, por la verja de la Catedral. Otros tiraban las gorras a lo alto para luego, como aquellos cazadores tartarinescos, *cazarlas* a pedradas. Otros, encorvados los unos y los otros trepando sobre ellos, jugaban a *burriquillo falso*. Un grupo aparecía atropellado y jadeante por alguna calleja de las que desembocan en la plaza y tras ellos, a grandes zancadas y con el bastón en alto, aparecía *bigote zorra*, un guardia municipal a quien el grupo de chiquillos habíale mentado en alta voz su remoquete o que venía a castigar con mano dura a quienes en descarga cerrada habían apedreado la cristalería de una farola de su jurisdicción. (La ciudad, a la sazón, se alumbraba todavía con las farolas de petróleo. De entonces acá ha llovido mucho hasta en las tierras, siempre secas, de los Monnegros...)

De pronto se oía una voz: ¡El maestro; ya viene el maestro! Toda la chiquillería abandonaba sus improvisados deportes, enfilando sus ojos juveniles a la empinada *cuesta de las procesiones*, por donde ligero, con sus barbas negras y sus piernas largas y garbosas, aparecía don Félix Lafuente. Tras él entrábamos por el Patio de Santiago hacia unos salones grandes, decorados con lienzos del Cartujo Bayeu, donde se hallaban instaladas las clases de dibujo. Poco a poco iban llegando obreros ya mozos que, luego de la diaria labor, venían a perfeccionar sus artes en la fuente inagotable de las enseñanzas del buen maestro.

Yo era el más joven de sus discípulos y fui también su discípulo amado. Para aquel maestro yo era el San Juan de sus discípulos. Discípulo amado que en todo un cuarto de siglo no abandonó al amado maestro en el camino suave y florido hacia Jerusalén ni el espinoso y empinado de su calvario.

No solamente fue maestro en la pintura cuando pudo pintar, sino que llegada la hora del dolor, en sus diez años de parálítico, fue un maestro en el sacrificio. Siempre moderno y alentador, sus dolencias no le bastó llevarlas con resignación que las llevó con jovialidad.

Las visitas de los amigos, más que obras de misericordia, traducíanse en obras de egoísmo. En aquel sillón arrinconado del maestro, cantaba un manantial de fortaleza y de alegría.

Ante el espectáculo de la patria desalentada, él, viejo y con los brazos y las piernas muertas, era todo un símbolo ante toda una juventud de futbolistas.

¡Maestro, maestro! Yo he procurado ser digno de ti; como dibujante, en tu lecho de muerte yo te hice un dibujo donde campan el parecido de tus rasgos y está como viva tu muerte; como hombre, no me ha temblado el pulso, me ha temblado solamente el corazón...

Con la muerte de Lafuente, para los amigos del pintor no ha terminado todo; él se fue, pero las tres hermanas que desvalido no le abandonaron, en lo alto del Calvario quedan solas, tristes y santas, como tres Marías.

